

CONDENSACIONES EN EL ESPACIO HIPERFRONTERIZO: APROPIACIONES MIGRANTES EN LA FRONTERA NORTE DE CHILE¹

Menara Guizardi,² Felipe Valdebenito,³
Eleonora López⁴ y Esteban Nazal⁵

Imaginar en la frontera

La imaginación permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esta trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres (Mills 2003, 25).

Estas palabras —que Mills publicó por primera vez en 1959— tejen asertivas que se mantienen pertinentes y que nos otorgan un excelente punto de partida al debate que proponemos en el presente capítulo. Los contenidos que discutimos aquí constituyen resultados parciales de un estudio de caso etnográfico realizado entre noviembre de 2012 y julio de 2013, y cuyo foco central estaba en las prácticas de apropiación espacial de las mujeres peruanas en Arica.⁶ La imaginación,

1 Una versión previa del presente texto fue aceptada a publicación por la revista *Migraciones Internacionales* (México), bajo el título “Forms and movement in hyper-border space: Peruvian migrants in the Arica Terminal (Chile)”.

2 Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado (Santiago, Chile) e investigadora asociada de la Universidad de Tarapacá (Arica, Chile).

3 Departamento de Antropología de la Universidad de Tarapacá (Arica, Chile).

4 Estudiante del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional Autónoma de México (México, D.F.).

5 Estudiante del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile (Santiago, Chile).

6 El estudio se enmarca en un proyecto de tres años (2012-2015) en el que se desarrolla un análisis etnográfico comparado de la experiencia de migrantes peruanas en el norte y centro de Chile. Agradecemos a la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile (CONICYT) que financia este estudio a través del Proyecto FONDECYT 11121177: “Conflictos de género, inserción laboral e itinerarios migratorios de las mujeres peruanas en Chile: un análisis comparado entre las regiones de Arica-Parinacota, Tarapacá y Valparaíso”.

en cuanto elemento de conexión de sentidos y “recapitulaciones lúcidas” entre la conformación histórica, la social y la psicológica de los procesos y contextos –como la define Mills (2003)– fue precisamente el eje estructurante de nuestra etnografía.⁷ Con esto nos referimos a que gran parte del esfuerzo investigativo estuvo dedicado a imaginar cómo definir a la experiencia social de las migrantes peruanas en espacios ariqueños concretos. Un ejercicio de indagar, en el tumulto de la experiencia cotidiana, sobre las tramas y configuraciones culturales de una región fronteriza y sobre sus procesos sociales de (re)producción de *flujos, desbordamientos y rupturas*.

Con lo último hacemos alusión a Appadurai (1996), quien ha caracterizado a los procesos desencadenados por la globalización (desde fines del siglo XX), como caracterizados por la generalización de la imaginación en cuanto práctica social. Como una negociación entre formas situadas de acción social y campos globales de posibilidad, “la imaginación es ahora central para todas las formas de agencia, es en sí misma un hecho social, y es el componente clave del nuevo orden global” (Appadurai 1996, 31, traducción propia). En este sentido, nuestra imaginación resulta ser también un mecanismo de diálogo entre nuestras propias formas de entendimiento de la frontera, y aquellas que, desde sus espacios (históricamente contextuales) de imaginación, desarrollan los sujetos migrantes y la gente ariqueña.

La historicidad de la construcción de las identidades nacionales en Arica –su inestabilidad, reflexividad y sus contradicciones inherentes– nos ha abierto las puertas hacia una imaginación etnográfica que intenta recapitular lúcidamente *la configuración cultural* (Grimson 2011, 172) que produce (y es producida por) la presencia peruana migrante en Arica. Pensar en *configuraciones culturales* nos dirige hacia una mirada que centraliza el contexto de construcción de las identidades como parte de un campo social de disputas que es político. Al mismo tiempo, nos lleva a indagar sobre la cristalización de lo cultural como un elemento que, en la zona de frontera, particulariza los contenidos de las adscripciones nacionales chilenas y peruanas, así como los entendimientos acerca de la relación entre las identidades étnicas y las nacionales.⁸ Coherentemente con

7 Al definir lo que entendía por imaginación, Mills afirmaba que se vivía, en el contexto de producción de su libro, un tiempo en que las personas experimentaban una generalización de la circulación de los datos e informaciones que rebasaba, con creces, sus capacidades de atención y asimilación. De esto habría emergido una necesidad: la del desarrollo de una cualidad mental que permitiera a los individuos establecer “recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos” (Mills 2003, 25). Esta cualidad sería aquello que Mills definía por “imaginación sociológica”, y que nosotros asumimos como una capacidad que, más allá de las fronteras disciplinarias de la sociología, se refiere al ejercicio necesario para indagar y contestar sobre las experiencias sociales en tiempo presente.

8 Cuatro serían las dimensiones constitutivas de las *configuraciones culturales*. En primer lugar, ellas son *campos de posibilidad* (Grimson 2011, 172): se refieren a las instituciones, representa-

estas reflexiones, cuestionamos cómo la experiencia migrante peruana en Arica dialoga con (y ayuda a) constituir la *configuración* de la ciudad como una zona de frontera entre Chile y Perú.

En el ejercicio de contestar etnográficamente a estas interrogantes, nos hemos encontrado con que las vivencias migrantes se “materializan” —siempre de forma provisional, aunque con algunos niveles de cristalización— como *experiencias particulares del espacio*. Experiencias que generan ciertas formas de espacialidad, a la vez que son resultado último de éstas. El presente trabajo se dedica justamente a ejemplificar esto a partir de uno de los espacios que etnografiamos en Arica: el *Terminal Internacional Rodoviario*.⁹

El *Terminal*, como es popularmente conocido, organiza el tráfico terrestre a través de autobuses y *colectivos*,¹⁰ entre Arica y Tacna, recibiendo pasajeros que vienen desde diferentes localidades de Perú y Bolivia. El paso terrestre entre Perú y Chile —entre la frontera peruana, *Santa Rosa*, y la chilena, *Chacalluta*—, además de ser uno de los cruces internacionales más transitados de Sudamérica (Podestá 2011, 128), es ruta prioritaria de la migración peruana que sigue por tierra hasta Argentina (Cozzani e Insa 2011) o hacia las demás regiones chilenas, y es itinerario preferente de la migración de bolivianos que viajan de La Paz hacia las regiones de Tarapacá y Antofagasta (atraídos por las ofertas de empleo en la industria minera),¹¹ (Guizardi y Garcés 2013). El Terminal articula, simultáneamente, el flujo de mercancías entre Perú, Bolivia y Chile.

ciones y prácticas que, en determinado contexto son posibles, las que en este mismo contexto serían imposibles, y aquellas que devienen hegemónicas. En segundo lugar, las configuraciones culturales suponen que, en dado contexto, las acciones, formas de ser y enunciar, relaciones, experiencias y conocimientos guardan algún nivel de interrelación entre sí, pero esto no deriva en una homogeneidad constitutiva. La configuración cultural sería así, doblemente, *heterogénea* y *heterotópica* (Grimson 2011, 176). A su vez, y en tercero lugar, para ser articulada, la *configuración* requiere de una *trama simbólica común* que permita vincular, aunque heterogéneamente, una cuarta dimensión: aun cuando asimétricamente, la *configuración cultural* resguarda algo que es *común y compartido* (Grimson 2011, 177).

- 9 Según define el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE), la palabra “terminal” con el sentido de punto de subida y bajada de pasajeros al final de una línea rodoviaria debiera usarse en femenino: “6. f. Cada uno de los extremos de una línea de transporte público”. En Chile (y por tanto en Arica) la expresión suele emplearse en masculino. Por esta razón adheriremos a este uso en el presente texto.
- 10 Taxi con capacidad de hasta cuatro pasajeros, personas que no conforman necesariamente un grupo, sino que acuden por separado al Terminal Internacional para transportarse a Tacna. Tanto la ruta como el precio son predeterminados (entre Tacna y Arica se aplica una tarifa de unos 8 dólares estadounidenses por persona, en la moneda local de ambos países).
- 11 La minería es la principal actividad económica chilena. El territorio septentrional es responsable por buena parte del Producto Interno Bruto nacional, siendo las regiones de Tarapacá y Antofagasta (situadas al sur de Arica y Parinacota) las más relevantes en estos términos (Carrasco y Vega 2011).

Es una de las rutas centrales de comerciantes de las tres nacionalidades (pero especialmente bolivianos y peruanos) que transportan productos textiles, artesanía “étnica”, hierbas para infusión, instrumentos musicales, suvenires e incluso algunos productos gastronómicos hacia todo Chile –donde los venderán en comercios de artesanía, abasteciendo los mercados turísticos de productos “étnicos-andinos”–. Arica es el entrepuerto de varias rutas trasandinas y es el punto intermedio entre dos Zonas Francas: la de Tacna (peruana), 57 km al norte, y la de Iquique (chilena), 310 km al sur (véase en este sentido el capítulo de Tapia y Parella en la presente obra).

La razón por la que describimos el Terminal y no otros *locus* de concentración migrante se debe a que en él observamos experiencias del espacio sui géneris, que denotan diferentes aspectos de las estrategias situacionales a partir de las cuales las migrantes logran consolidar su inserción laboral, residencial y de ocio. Nos referimos a que el Terminal y sus espacios aledaños se presentan como un *locus* de condensación social. En él las dinámicas sociales y materiales reproducen a pequeña escala –de forma asimétrica, desigual y superpuesta– las complejidades políticas, identitarias y culturales que atraviesan la experiencia migrante en Arica. En el Terminal pudimos comprender etnográficamente cómo, en las *situaciones sociales* cotidianas, las mujeres peruanas imprimían, ya fuera a través de movimientos, o a través de su fijación en el espacio, configuraciones que cuestionaban y reproducían las formas de entendimiento de la frontera chileno-peruana. Entendiéndolo así, el Terminal se dota, en nuestro estudio, de una cualidad de condensación social similar a lo que Gluckman (1958) encontró en el puente de Zululandia. Inspirándonos en este caso, desarrollamos nuestra etnografía de la mano de la metodología propuesta por el autor, el Extended Case Method.

Para introducir coherentemente nuestros hallazgos, iniciaremos el análisis situando históricamente las formas cómo las identidades nacionales se produjeron, desde la Guerra del Pacífico, en la frontera chileno-peruana. Seguiremos con la descripción de nuestra estrategia metodológica, definiendo el énfasis etnográfico en las situaciones sociales y sintetizando algunas de las reflexiones teóricas que influyeron nuestro diseño metodológico. Luego, discutiremos algunas de las categorías teóricas sobre la migración como fenómeno espacial-urbano. Acto seguido, dedicamos tres apartados a nuestras descripciones etnográficas. En ellos, describiremos los espacios internos del Terminal y su “incrustación” en el tejido urbano; la consolidación del Terminal como vitrina laboral; y la emergencia de formas femeninas de *apropiación y movimiento* en la calle. En las consideraciones finales, desarrollamos nuestra propuesta de denominar *hiperfronterizos* a todos aquellos espacios que articulan formas de *condensación social* en territorios cruzados por fronteras nacionales.

Las configuraciones históricas de la identidad en la frontera norte de Chile

Como discutieron Tapia y Parella y Mondaca et al. en sus capítulos en el presente libro, Arica es una ciudad cuya incorporación más reciente al Estado chileno plantea una situación fronteriza compleja, en la que los límites de lo nacional y de la nacionalización de espacios, gentes y prácticas constituyen objetos de una disputa que se materializa contradictoriamente. Por una parte, en prácticas sociales cotidianas que plantean cierta inestabilidad de la división entre Perú y Chile. Y, por otra, en prácticas sociales (igualmente cotidianas) en las que la separación, restricción y diferencia entre una nación y la otra son actualizadas. En ambos casos, se reproducen formas de violencia que remontan a los conflictos decimonónicos en este territorio.¹² Sobre lo último, estamos plenamente de acuerdo con el recuento histórico que hacen Tapia y Parella de la Guerra del Pacífico (1879-1883) como un estopín de procesos de construcción de la frontera chileno-peruana entre las ciudades de Tacna y Arica.

Tras el fin de las guerras de independencia de Chile (1810), Perú (1821) y Bolivia (1825), se iniciaron relaciones diplomáticas entre estas naciones emergentes. Si bien se vivió un breve período de paz –producto del movimiento de decolonización–, a los pocos años comenzó a aflorar un conjunto de problemáticas y litigios entre los países limítrofes. Durante el siglo XIX, Bolivia y Chile se encontraron en disputa constante por la situación fronteriza en el desierto de Atacama. Perú, por su parte, buscaba una mejor posición en la integración comercial internacional, especialmente en lo que se refiere a la competencia entre los puertos de Callao y Valparaíso. A mediados de la década de 1830, Chile se enfrentó a la primera unión realizada por los países del norte conocida como “La Confederación Perú-Boliviana” (1836-1839). Como resultado de tres años de conflicto y la victoria de Chile y los independentistas peruanos, se diluye la Confederación y se instaura un nuevo gobierno en Perú. Para Chile, la guerra (en especial la batalla de Yungay), se constituyó como parte del imaginario nacional, elevando la construcción del “roto chileno”,¹³ como base de la Nación.

12 No es casualidad el hecho de que Arica sea, actualmente, una ciudad extremadamente militarizada, con el mayor contingente militar de Chile (Holahan 2005).

13 El “roto chileno” es el nombre con el cual escritores y ensayistas chilenos como Roberto Hernández o Nicolás Palacios nombraron a la figura del pobre durante el siglo XIX. “El roto” se caracterizaba por representar distintos sectores de la sociedad: el proletariado salitrero, el campesino, el migrante rural-urbano marginal (Gutiérrez 2010). Esta representación asociada a la batalla de Yungay tiene su concreción en la década de 1880 cuando en el gobierno del presidente chileno Manuel Balmaceda (1886-1891) se manda esculpir una estatua en honor al soldado patriota desconocido, héroe de la Guerra contra la Confederación. El monumento que el conjunto escultórico soporta (incluye un pedestal de roca y una fuente), es obra del artista nacional Virgilio Arias (1855-1941), y fue emplazado en la Plaza Yungay de Santiago, más conocida como “plaza del roto chileno”. Como señala Gutiérrez (2010), tanto en la lite-

Dos décadas más tarde, en 1866, se firma el tratado limítrofe entre Chile y Bolivia, que buscaba resolver las discrepancias sobre fronteras y derechos de explotación en el desierto de Atacama. Este tratado no fue suficiente y sufrió modificaciones y revisiones durante la década de siguiente. Como resultado de la revisión realizada por parte del gobierno boliviano, se aumentaron los impuestos a las empresas salitreras anglo-chilenas en 10 centavos, acción que significaba incumplir el tratado de 1866. La situación actuó como detonante de un nuevo conflicto chileno-boliviano. En febrero de 1879, tropas chilenas toman el territorio boliviano de Antofagasta y el 5 de abril de 1879 Chile declara oficialmente la guerra a Bolivia y Perú. Se inicia así el incidente histórico reciente de mayor trascendencia en la conformación de las fronteras entre estos tres países: la Guerra del Pacífico.

Si bien los territorios ricos en salitre y otros minerales explotables son uno de los elementos que explican las causas de esta guerra, los detonantes del conflicto son en realidad variados y responden también a contiendas y dinámicas internas (en especial de Bolivia y Chile) y la (des)integración comercial y política a niveles internacionales. Chile se encontraba en medio a una grave crisis económica y social durante la década de 1870. En efecto, el primer lustro el país gozó de un crecimiento en las áreas tradicionales de su economía (agricultura, minería y comercio) y una expansión del mercado interno. Pero el segundo vino acompañado de un desplome de los precios del trigo, del cobre y de la plata (productos clave en la exportación chilena) (Ortega 2006, 34; McEvoy 2011, 64). La situación se agravó con el fracaso de la reforma tributaria de finales de 1870, y con el distanciamiento de la inversión británica. Las fracturas internas derivaron en la fragmentación y pugnas entre y al interior de las clases sociales, radicalizando la crisis. Los grupos políticos dominantes se encontraban constantemente en conflicto producto de las tensiones entre los sectores liberales y conservadores. Se registró un importante aumento en la violencia y la criminalidad que afectó principalmente a sectores rurales y marginales, entre otras causas, producto de la hambruna generada por la crisis en la agricultura y al aumento del desempleo (McEvoy 2011, 36).

La propuesta de una salida expansionista a los graves problemas económicos de Chile permitía a la élite restaurar la economía, resolver los dilemas de integración internacional y desviar las reformas económicas que podrían poner en riesgo sus intereses (Ortega 2006, 42; McEvoy 2011, 36). A la vez esto permitía derivar los conflictos internos hacia un enemigo común externo, apostando a la consolidación del proyecto nacional. Ideológicamente, la Guerra del Pacífico se planteó desde entonces como una cruzada que combinaba distintos discursos que buscaban

ratura como en el imaginario construido por otros medios (ensayos, intervención periodística, homenajes) la figura del “roto” se enaltece en sus valores patrios, de sacrificio e incluso, de superioridad racial.

justificar y legitimar la expansión no solo a nivel interno, sino que también internacional. Conjugando las perspectivas liberales y republicanas, el discurso de las élites, del Ejército, de la Iglesia católica y del Estado chilenos transformó a Bolivia y a Perú, y específicamente a sus sectores desérticos, en regiones bárbaras a las que era necesario conquistar y civilizar. El discurso civilizatorio engendró una contradicción de las más complejas: yuxtapuso la impronta moderna y racional con una intención evangelizadora o de “Guerra Santa” (McEvoy 2004, 136).

La expansión en pos del control de los territorios donde se encontraba el salitre permitiría a los sectores dominantes hacerse para sí del mineral, cuyo precio en el mercado era constante, a diferencia del cobre, la plata y el trigo (los cuales se vieron afectados por las fluctuaciones en los mercados londinenses, estadounidenses y alemanes). A su vez, la guerra permitiría resolver problemas políticos fronterizos que se arrastraban desde mediados del siglo XIX entre Chile y Bolivia (los conflictos por los límites en el paralelo 24° y 25°). De esta forma, en Chile, la guerra logró coordinar los intereses particulares de la clase oligarca, las necesidades políticas del Estado y la búsqueda de cohesión nacional; fragmentada por las contiendas entre liberales y conservadores. Los conflictos limítrofes arrastrados desde hacía décadas entre Chile y Bolivia, así como las políticas fiscales e impuestos aplicados en el sector salitrero por parte del país vecino, constituyeron la excusa perfecta para detonar la guerra y hacerla rentable, al sortear problemas nacionales internos y externos de Chile (Ortega 1984).

Sobre los desenlaces de este conflicto, quisiéramos reincidir en un punto fundamental que permitirá situar nuestro ejercicio de imaginación etnográfica en los espacios de frontera entre Chile y Perú. Después de la guerra, entre 1883 y 1930, Chile construyó su frontera norte en un territorio en litigio que englobaba a Tacna y Arica. El límite entre ambas ciudades se ha dotado de una confusión que, incluso con la instauración de la línea de la Concordia entre los dos países en 1930, sigue impactando las formas de vida y circulación en estos territorios. La instauración de la frontera norte para Chile comprendía, entre otras cosas, “chilenizar” como sinónimo de “civilizar” (González 2008, 10): una política de identidad nacional que forjó violentamente la soberanía sobre el nuevo territorio anexado (Díaz 2006, González 2004) y que estuvo operante —si no abiertamente, por lo menos como sentido administrativo hegemónico— desde fines del siglo XIX y a lo largo de casi todo el siglo XX. Este proyecto identitario-estatal es conocido como *chilenización*, encarnado también en políticas de “des-indigenización” y de “modernización” de la población local, lo que impactó fuertemente a los grupos sociales aymara (Díaz 2006).¹⁴

14 La primera utilización del término “chilenizar” fue realizada por el marino, militar y diplomático chileno, el vicealmirante Patricio Lynch ya en 1880 (González 2004, 30). La política recurrió a violencias simbólicas y sociales de escalas variadas (Díaz 2006), orientadas a destruir o invisibilizar

En líneas generales, la nacionalización del territorio nortino se fundamentó en una supuesta diferencia entre chilenos, por un lado, y peruanos y bolivianos, por otro, donde los segundos se asociaron a una identidad indígena que se entendía como sinónimo de barbarie e incivilización (McEvoy 2011, 15). En este sentido, la Guerra del Pacífico ha cumplido un papel estructurante que excede a la conformación de la frontera chileno-peruana, respondiendo a procesos de configuración del *paradigma étnico nacional chileno*,¹⁵ que se establece a través de la épica militar en la expansión de las fronteras centrales del país hacia el sur y hacia el norte.¹⁶ Nos referimos a que, en Chile, el proceso de independencia se confunde y se hace acompañar de la guerra militar de expansión de la frontera hacia los territorios indígenas del sur que, si bien se inicia en el siglo XVI, configura un cuadro de ocupación masiva del territorio indígena recién a mediados de 1870 (Villalobos 1995, 15). Este proceso es el que se replica en la Guerra del Pacífico. Ésta reproduce, a modo de espejismo, la guerra de tres siglos en contra de los

aquello que no fuera coherente al proyecto identitario nacional. Los recursos más habituales fueron: 1) la construcción de un relato historiográfico que narra la Guerra del Pacífico de acuerdo a las lecturas militares chilenas (Morong y Sánchez 2007); 2) la nacionalización de las escuelas nortinas (operadoras de una importante violencia cultural hacia los indígenas de la región) (Cavieres 2006); 3) la expulsión y exterminio de ciudadanos peruanos y bolivianos del territorio a través de milicias paramilitares denominadas Ligas Patrióticas Chilenas (González 2004); y 4) los clubes de rodeo, de baile y las bandas militares que imponían en el norte del país los patrones culturales hegemónicos del centro-sur de Chile (González 1994). En Arica, específicamente, se podría decir que tanto la guerra como la chilenezación que la siguió se hicieron valer de la instalación de símbolos militares y religiosos en la ciudad. Éstos apelarían a la generalización en el espacio de la enunciación de la identidad nacional, de su vinculación al cristianismo y de su construcción a partir de una masculinidad normativa, cuyo dominio significa un nivel importante de violencia simbólica.

15 Hacemos alusión al debate propuesto por Segato (2007), para quien la formación de los países latinoamericanos, a ejemplo de lo que también ocurrió en Europa, conllevó la invención de ideales de homogeneidad constitutiva (Hobsbawm 1998). Este proceso, sobre todo tras las independencias, ejecutó una forma mitológica de centralización de la identidad que requirió no solamente la construcción de las fronteras nacionales marcadas euclidianamente sobre el territorio. Requirió también la invención de las fronteras de adscripción étnica, lingüística, cultural e incluso biológica entre los que pertenecen y los que no pertenecen a la nación. Esta construcción reprodujo, por regla, los ideales de autorrepresentación de las élites nacionales, desarrollando un arquetipo del “deber ser” identitario nacional, al que Segato (2007) denomina “paradigma étnico nacional”. En algunos países de América Latina estos arquetipos han excluido a las poblaciones indígenas y afrodescendientes en pos de la centralización de ideales eurodescendientes.

16 Estas fronteras del “Chile central” estuvieron asentadas desde la colonización española y hasta fines del siglo XIX, entre los ríos Copiapó (867 km al norte de Santiago) y Maule (346 km al sur de la capital) (Villalobos 1995, 13). En gran medida, la construcción de la relación centro-periferia que según Dussel (1994) engendra la lógica colonial y moderna con que las fronteras han sido pensadas en los Estados nacionales, asume en Chile posteriormente a los conflictos del siglo XIX una relación casi literal entre la capital Santiago (como el epicentro del proyecto nacional), y sus periferias, tanto al norte como al sur (Guizardi y Garcés 2014).

indígenas del sur. Las fronteras de la nación chilena estarían consolidadas así como una expansión bélica, heroica y apoteósica en contra de la barbarie indígena peruana y boliviana (MacEvoy 2011). La Guerra del Pacífico repite a modo de *farsa*, la supuesta *tragedia* fundadora de la identidad euro-criolla chilena que se desarrolló lentamente en los siglos de lucha en territorios sureños, catapultándose como imaginario social de la Colonia a la República.

Hay, no obstante, una relación dialéctica inherente a la producción de este discurso de la otredad de las gentes del norte de Chile. La nacionalización de estas poblaciones –que el discurso político santiaguino asumía como inferiores– constituye una contradicción interna al proyecto nacional-chileno. A la vez que estas poblaciones son objeto sine qua non de la apropiación bélica que crea el territorio nacional, también personifican aquello que el discurso nacional enuncia, etiqueta y discrimina como un “otro”. Su adecuación a la condición nacional estaría supeditada a la capacidad transformadora de la acción chilenezadora en su ímpetu cristianizador y civilizador (MacEvoy 2011). Se instaura, en este sentido, al nortino como un “otro interno” de la nación; un “otro” que, tal como pasa con los indígenas sureños, no alcanza o no satisface los ideales identitarios de las élites santiaguinas. Estamos hablando, en cierto sentido, de la producción de una chilenidad inestable en los territorios del norte y también en los del sur del país. Esto condiciona una experiencia algo disléxica de la identidad chilena en ciudades anexadas como Arica. Aquí el *paradigma étnico nacional* es un arquetipo que se desdeña y desea, simultáneamente. Y esto deriva en una experiencia particular –contextualizada localmente– de la chilenidad y de su relación con la peruanidad.

Más que constituir elementos pretéritos del escenario político chileno, estos imaginarios constitutivos del *paradigma étnico nacional* y, al mismo tiempo, esta condición ambigua de las identidades nacionales en la frontera norte, se vienen agudizando desde 1990, con la consolidación de Chile como un “nuevo” destino migratorio intrarregional, recibiendo una migración proveniente preferentemente de Perú (Guizardi y Garcés 2012, 5).¹⁷ Este proceso despierta formas de imaginación social que proyectan a la migración peruana como una especie de invasión bárbara o como la revancha histórica de “los otros” (Guizardi y Garcés 2014). Y esto se vive muy fuertemente en ciudades como Arica, dada su condición articuladora del flujo migrante no solamente entre Chile y Perú, sino también entre estos países y Bolivia.¹⁸ Este escenario representa un desafío para el desarrollo

17 Entre 1992 y 2002, Chile experimentó un aumento de extranjeros de un 0,79% a un 1,22% (Tapia y Gavilán 2006, 18), con un aumento de la tasa de migrantes de un 75%. La población peruana, en este período, pasó de un 36% del total de extranjeros residentes a un 42% (Tapia y Gavilán 2006, 16).

18 Pese a contar con tan solamente el 1,29% de la población total del país (INE 2012,15), la

de procesos de investigación social, planteándonos encrucijadas metodológicas no menores. En el apartado que sigue explicitamos cómo hemos propuesto solucionar estas encrucijadas.

Situar la metodología

En el apartado anterior describimos la frontera chileno-peruana (entre Arica y Tacna) como un escenario social donde flujos y rupturas culturales se articulan de forma dialéctica: manifestándose a modo de contradicción identitaria, de presión militar y estatal hacia la definición euclidiana de las soberanías territoriales y a modo de prácticas cotidianas que operan cruces y articulaciones entre espacios peruanos y chilenos. Realizar etnografía en un espacio atravesado por estas contradicciones nos enfrentó a la necesidad de evitar concebir dicotómicamente la relación entre la acción de los sujetos y las configuraciones estructurales, lo que hemos operacionalizado a partir de elaborar, en equipo y en terreno, la fusión de dos matrices metodológicas: el *Extended Case Method* (EMC, también conocido como *Análisis situacional*) y la *etnografía multisituada* (EM).¹⁹

La *etnografía multisituada* parte de algunas “ansiedades metodológicas” (Marcus 1995, 99) de investigadores dedicados a fenómenos de intensa movilidad –translocal y transnacional–. Emerge de la necesidad de generar estrategias de movilidad en terreno que subviertan la operación de los supuestos de isomorfismo espacio-cultura que sedimentan la práctica de la observación participante. Marcus (1995, 106-112) apunta siete tipos de estrategias etnográficas que permitirían relativizar la noción de adscripción estática del grupo social al espacio. Nuestro proceso etnográfico en Arica combinó cuatro de ellas.

En un primer momento, *seguimos a las personas*: nos desplazamos hacia los diferentes espacios sociales donde las mujeres migrantes peruanas desarrollaban sus experiencias de trabajo, de inserción política, de vivienda, ocio y sociabilidad. En segundo lugar, *seguimos a los conflictos*, acompañando procesos de ruptura, contienda y desacuerdo que involucraban tanto a las mujeres y hombres peruanos, como también las instituciones del Estado y la población chilena. En tercer lugar, *seguimos a la biografía*, desarrollando entrevistas de historias de vida con las mujeres migrantes peruanas, acompañando a través de estos relatos los procesos

Región de Arica y Parinacota, de la que la ciudad de Arica es capital, concentra el 3,6% del total de migrantes en Chile, y es la cuarta región chilena en porcentaje de extranjeros (DEM 2012, 3). Pero hay que considerar también la importancia de Arica como un polo urbano de atracción de la población de las villas y pueblos del altiplano de la región. La ciudad contaba con 210.914 habitantes en 2012, la casi totalidad de la población regional que era de 213.595 personas (INE 2012, 58).

19 Además de los autores, integraron el equipo de investigación Grecia Dávila y Orlando Heredia (estudiantes de antropología de la Universidad de Tarapacá. Arica, Chile) y Arlene Muñoz Droggett (socióloga), a quienes agradecemos por sus labores y dedicación.

migratorios en el marco de la familia nuclear y extensa, así como también los desplazamientos y la experiencia social del espacio en Arica.

Finalmente, desarrollamos *etnografía estratégicamente situada* en puntos clave para la experiencia migrante en la ciudad. Identificamos tres espacios que operan como articuladores del movimiento (translocal y/o transnacional) de los colectivos migrantes peruanos: el *Terminal Internacional Rodoviario*, los *Campamentos Areneros y Coraceros* y el *Agromercado de Arica*. El estudio de caso que discutimos aquí deriva específicamente de la etnografía en el primero de estos espacios.²⁰

Sobre el uso del *Extended Case Method* retiramos tres inferencias que aplicamos al desarrollo de la etnografía estratégicamente situada en el Terminal. La primera se refiere a la adopción (como eje transversal) de la atención hacia aquello que Gluckman denominó *situaciones sociales* o “*trouble situations*” [situaciones problema] (Evens 2006, 53). Éstas corresponderían a incidentes serios y dramáticos: relaciones sociales tensas, inestables, traspasadas por una conflictividad latente y manifiesta, en las que las restricciones estructurales son apropiadas por la agencia subjetiva, sin por esto dejar de constituirse en cuanto límites sociales.²¹ La situación social como herramienta de foco de la mirada nos permitió, asimismo, operacionalizar nuestra atención en las *configuraciones culturales*, captando a través de estas situaciones un momento cotidiano en que podíamos ver, con algo de lucidez, cómo las mujeres migrantes se situaban en los límites que dicha configuración impone; a la vez que tensionando estos límites hacia su adaptación situacional. La segunda de las inferencias tiene que ver con la manera cómo trabajamos la interacción entre investigadores y migrantes en el espacio “de observación”, pensando que ésta se construye como proceso político, y que la presencia del antropólogo en los espacios de etnografía es parte de lo que configura la *adaptación situacional* de los sujetos (Gluckman 1958).

20 Estas incursiones en terreno dieron origen a un material descriptivo-analítico compuesto de un total de 47 relatos etnográficos semanales (recopilando experiencias diarias de terreno), y un registro fotográfico de los espacios estudiados (140 fotografías catalogadas/clasificadas). Realizamos, en los diferentes espacios estudiados en Arica, un total de 81 entrevistas en profundidad, las cuales fueron registradas digitalmente, transcritas y trabajadas a partir de un proceso inicial de análisis del discurso (operado primero manualmente, luego con el software MAXQDA). Entre estas entrevistas, se contabilizan: 32 historias de vida con mujeres peruanas, 10 entrevistas semiestructuradas a hombres peruanos, 21 entrevistas semiestructuradas a funcionarios y voluntarios de ONG de atención a migrantes y 15 entrevistas semiestructuradas a mujeres peruanas en la Cárcel de Acha (Arica).

21 Estas situaciones permiten al etnógrafo observar la conexión entre coerción social y acción individual (Gluckman 1958). Ellas obligan a los sujetos a “situarse”: a paradójicamente tomar partido restringiendo su acción a una interpretación específica de los valores, lo que nos permite “un puente” de observación entre el impacto de las fuerzas estructurales y la capacidad de adaptación y cambio en la agencia subjetiva (Evens y Handelman 2006).

En tercer lugar, siguiendo una máxima metodológica del EMC, construimos la reflexión teórica que sostiene nuestro análisis sobre la migración peruana y su “grafía” en la ciudad de Arica, situándola *desde* el estudio de caso (Evens y Handelman 2006, 1-5). Asumimos la reflexión teórica como engendrada por un procedimiento metodológico; como adviniendo del proceso etnográfico de terreno, efectuándose de la mano de éste y, en gran medida, distendiéndose más allá de él.²² Esta forma de comprender la vinculación entre experiencia etnográfica y construcción de la teoría ha implicado que las reflexiones teóricas del presente capítulo constituyan un punto de llegada del mismo, y no un *a priori* descontextualizado de la fase empírica del trabajo. Esto no implica, no obstante, que no hayamos partido de ciertos ejes teóricos, los cuales nos permitieron formular los interrogantes de nuestra investigación. El apartado que sigue aborda justamente estos debates iniciales.

Pensar las migraciones en ciudades fronterizas: horizontes y límites teóricos

Fue Boaventura de Souza Santos (2009) quien dijo, cierta vez, que en ciencias sociales era necesario cuestionar las cosas obvias, sacándolas de su eje y desentrañando de ellas su aura de normalidad. A propósito, pensamos que una de las formas más eficaces de hacerlo es, por contradictorio que parezca, volver a enunciar las cosas obvias, tomando este ejercicio como inicio de un proceso de extrañamiento. Por ello, empezaremos el debate teórico planteando la centralidad de la condición fronteriza de Arica: postulamos que ella altera la manera como agencia y estructura se retroalimentan en la construcción de “lo local”.

Según Kearney (2003), las fronteras nacionales constituyen espacios sui géneris que desafían la fijación de las bipolaridades modernas y los principios definitorios de “lo nacional”: la separación (étnica, fenotípica, cultural) entre los “unos” y los “otros” y la limitación espacialmente demarcada de aquello que pertenece a la nación. Los territorios fronterizos están cruzados por tres dimensiones políticas constitutivas de su espacialidad (Kearney 2008). Las *fronteras literales*, materializadas como demarcaciones político-territoriales, las *identidades* cruzadas por las variables de etnia, clase, género y nacionalidad, y los *regímenes políticos* (entidades oficiales y no oficiales encargadas de trazar y hacer respetar los límites políticos-identitarios). Las fronteras engendran espacios plurales donde los distintos Estados-nación actúan estructuralmente (construyendo legitimidades y regímenes de adscripción de las gentes), mientras la agencia de sujetos diversos (a través de los desplazamientos) re-significa y negocia las clasificaciones nacionales

22 Esta percepción teórico/metodológica hermana epistemológicamente el EMC de los planteamiento de Bourdieu sobre una “teoría de la práctica”, ofreciendo, no obstante, una materialización etnográfica de esta teoría. Para este debate, véase: Evens y Handelman (2006, 5).

y la jerarquización clasificatoria que el Estado pretende legitimar “dentro” de sus límites (Brenna 2011, 12).

El enfoque analítico para trabajar fronteras debe –más allá de verificar las categorías estáticas acerca de las pertenencias nacionales–, observar su rearticulación a partir del movimiento y porosidad que las caracterizan. Como también denotan otros autores de este libro (véase los capítulos de Stefoni, Margarit y Brijit y el de Tapia y Parella), en los debates sobre migración ha predominado la concepción de que la condición transfronteriza de los migrantes internacionales les convierte en “transmigrantes”, materializándose como un conjunto de *prácticas transnacionales*, que consisten en la generación de campos sociales que vinculan de maneras diversas el país de origen con el de destino. Según Glick-Schiller, Basch y Blanc-Szanton (2005, 68), los transmigrantes, “desarrollan y mantienen múltiples relaciones –familiares, económicas, sociales, organizacionales, religiosas y políticas que atraviesan las fronteras–”. Además, “toman medidas, decisiones, tienen intereses y desarrollan identidades dentro de las redes sociales que los conectan con dos o más sociedades simultáneamente”.²³

Esta condición genera una experiencia social de *simultaneidad*: un estar en origen y destino al mismo tiempo que reconfigura los espacios locales de los países que reciben a los migrantes, *desbordando* (Garcés 2007, 18) en ellos formas, experiencias, olores, sabores y maneras de ser que fueron (espacialmente) producidos en sus localidades de origen (Levitt y Glick-Schiller 2004). El concepto de *desborde espacial* (Garcés 2007) se inspira en el debate de Appadurai (1996) sobre los procesos globales de flujo y su capacidad de romper la relación isomórfica entre “lo local” y “las prácticas locales”. Cuando prácticas nacidas en contextos específicos logran viajar (producto del desplazamiento migratorio, o de la circulación global de una *imaginación social generalizada*), ellas se actualizan en otros lugares, diferentes de aquellos en los que fueron concebidas. Espacios entre los que puede no haber una continuidad geográfica (en términos euclidianos) van superponiéndose y *desbordándose* a través de la experiencia migrante. De ahí que se preconice dar centralidad a la espacialidad transnacional de las comunidades y sujetos, basándose “no en la distancia que las separa, sino en la densidad y frecuencia de las prácticas comunitarias que les acerca” (Besserer 2004, 8).

El *transnacionalismo migrante* incide así en la construcción de formas diferentes de *capital social y cultural* –que viajan desde otros lugares, transportadas por los migrantes de forma incorporada, como *habitus*– y que tanto se impregnan en el espacio como se impregnan de él. Por *capital social migrante* entendemos “el agre-

23 Kearney (1995, 548) subraya el contenido político de la experiencia de transnacionalismo migrante, enfatizando que ésta tensiona proyectos político-culturales de los Estados-nación, los cuales buscan hegemonizar procesos con otros Estados, con sus propios ciudadanos y con sus “aliens”.

gado de fuentes actuales o potenciales que están conectadas con la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de reconocimiento mutuo” (Bourdieu en Portes 2000b, 45). Esta red duradera no es naturalmente dada, se teje a partir de estrategias orientadas a la institucionalización de las relaciones de grupo (Portes 2000b) y puede definirse como: 1) las *relaciones sociales* de estos migrantes en sí mismas, cuando dan acceso al conocimiento y a los recursos de que disponen los miembros de la red; y 2) la cantidad y calidad de estos recursos (Portes 2000b, 45). El *capital cultural* correspondería justamente a los conocimientos y recursos incorporados por los migrantes.

La vinculación entre *capitales sociales* y *culturales* y la conformación de los espacios sociales está mediada por la dimensión del *habitus*: la forma subjetivamente incorporada (asumida por el cuerpo) de los capitales sociales, culturales, económicos y simbólicos. El *habitus* se “adhiera” al cuerpo como una segunda naturaleza: es lo social convertido en “*disposiciones* duraderas, maneras duraderas de mantenerse y de moverse, de hablar, de caminar, de pensar y de sentir que se presentan con todas las apariencias de la naturaleza” (Gutiérrez 2004, 293). El *habitus* es un “ser y estar” constitutivo del sujeto que deja su marca en el espacio a través de la corporalidad.

Una de las formas de materialidad de la experiencia transnacional migrante que más llama la atención de los estudiosos es, justamente, la construcción de la simultaneidad transnacional *en el espacio*. Ésta se imprime en la manera como los migrantes se apropian de los lugares de vivienda, ocio y trabajo, dándoles sentido de funcionalidad que potencian la reproducción social de los colectivos:

La autonomía con que funcionan las redes migratorias y la forma en que se anidan en la sociedad va dotando de contenido a la apropiación que los migrantes hacen de los espacios urbanos. Al uso privilegiado como lugar de encuentro [...] se agregan otras funciones que cooperan en la formación del *espacio como recurso* para la reproducción económica de la migración (Garcés 2007, 13).

Pero estos espacios no pueden entenderse solamente como *locus* de realización de una autonomía y/o capacidad de apropiación. Desde los autores de la Escuela de Chicago, la socioantropología urbana ha observado que los migrantes constituyen “los otros” de la ciudad (Portes 2000a), entrando al campo social de las jerarquías a partir de su categorización como “*aliens*” de la sociedad autóctona (Kearney 1995).

Estructuralmente, a los migrantes se les reservarían los espacios residenciales que la misma ciudad entiende como sus márgenes: las *Zonas Urbanas de Transición* (Martínez-Veiga 1999: 13-14). Áreas económicamente devaluadas, situación ocasionada por la degradación de los inmuebles, consecuencia de la

pérdida de poder económico de los residentes y de escasa inversión del Estado en infraestructura. Los inmuebles de la *zona de transición* constituyen un mercado de infraviviendas que será ocupado por población migrante que usualmente entrega cuantías superiores a las que los nacionales pagarían por inmuebles en mejores condiciones.²⁴ Los propietarios verán en esa transacción la oportunidad de percibir ganancias sin que sea necesario incurrir en una mayor inversión.

Esta condición estructural de marginación en la ciudad, se da simultáneamente con procesos de apropiación de espacios degradados por parte de los migrantes, contribuyendo a la revitalización urbana. Así, otro de los objetos preferentes de las investigaciones sobre desborde del transnacionalismo migrante son los negocios regentados por (u ofrecidos a) consumidores migrantes y que provocan un sentido identitario de apropiación del espacio público: las también denominadas *economías étnicas* (Portes 2000a).²⁵ Lo étnico aquí hace referencia, en primer lugar, al hecho de que estos mercados “importan” desde los países de origen productos, prácticas y formas de consumo que serán vendidas como “auténticamente” migrantes; como formas constitutivas de su “identidad” (Light 1972, Garcés 2011). En segundo lugar, estos negocios materializan una forma específica de alteridad social vivida por los migrantes como “otros”, como diferenciados de los autóctonos, haciendo referencia a un principio de *enclaustramiento sobre sí mismo* del colectivo. El emprendimiento es constituido como *enclave* que, en dimensiones urbanas, actuará como lógica de autosegregación (Garcés 2011). Frecuentemente, el establecimiento de estas economías, pese a consolidar la reproducción social de los colectivos, reitera circularmente la diferencia migrante hacia los hábitos de consumo y prácticas “autóctonas”.

En los estudios sobre los espacios residenciales y comerciales apropiados por migrantes, predomina la noción de que éstos constituyen la forma espacial de un *enclave social* que se apropia de márgenes urbanos, confiriéndoles nuevos significados. La agencia migrante produciría espacios donde la experiencia de una identidad transnacional es posible, pero al costo de replegar el colectivo sobre sí mismo, provocando su *segregación* frente a lo autóctono y la reproducción de una posición dislocada en el campo social. A lo largo de nuestra investigación, indagamos si esto se aplicaría a la experiencia migrante de las mujeres peruanas en el Terminal de Arica, enigma que empezaremos a contestar a partir de la descripción etnográfica del espacio.

24 Lo que se debe a las especificidades legales, documentales y laborales, que hacen el arriendo formal inalcanzable para los migrantes, especialmente para aquellos que viven los primeros años de su experiencia migratoria (Martínez-Veiga 1999).

25 El concepto refiere a emprendimientos desarrollados por migrantes, con un capital inicial migrante; administrados, mantenidos y controlados por mano de obra migrante y destinados a un público consumidor migrante (Portes y Jensen 1989).

“Puertas afuera” y “puertas adentro”

El Terminal se ubica en la Av. Diego Portales (Mapa 1). A su lado derecho, el Terminal Rodoviario Nacional (entre ambos, la calle Hernyn Trizano); a su lado izquierdo, una gasolinera (adyacente a la calle Nicolás Hidalgo) (Mapa 2). Las instalaciones del Terminal Nacional contrastan fuertemente con las del Internacional.²⁶ El primero cuenta con un edificio más cuidado, con forma piramidal e instalaciones totalmente techadas. El segundo es un gran patio dividido en dos por una pequeña construcción techada que da cobijo a pequeños locales comerciales: el tráfico de pasajeros y mercancías se da a la intemperie. El contraste entre sus infraestructuras escenifica una cierta primacía del transporte nacional frente al internacional: lo prioritario es la conexión de Arica con otras localidades chilenas. La vinculación con los países vecinos, Perú y Bolivia (únicos destinos internacionales elegibles²⁷), constituyen una “causa secundaria”. La edificación que da cuerpo al Terminal Internacional enuncia esta marginalidad. Esta centralidad que la arquitectura de los dos terminales otorga al Terminal Nacional por sobre el Internacional es contradictoria al volumen de pasajeros que ambos presentan, puesto que es en el segundo donde se produce más tránsito de personas y mercancías.

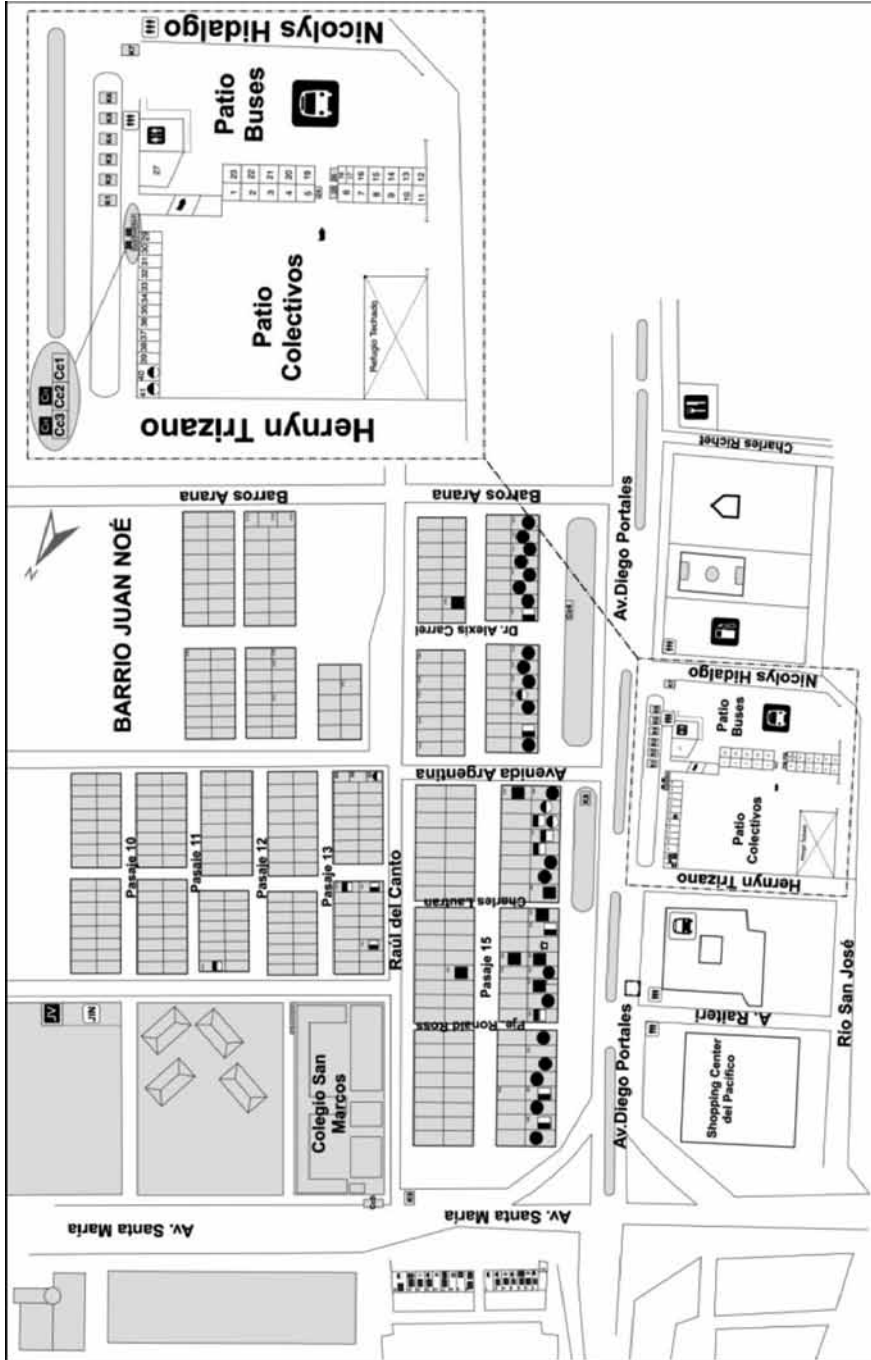
El Terminal Internacional ocupa un terreno rectangular cercado por muros y dividido internamente en dos patios. Entrando por el acceso principal –en Diego Portales–, tenemos al lado derecho el *Patio de Colectivos*. Al lado izquierdo, el *Patio de Buses* (omnibuses con capacidad para 30 a 60 pasajeros que viajan a Perú y Bolivia). Entre ambos, en la edificación central, encontramos 28 pequeños locales comerciales (Mapa 2, núms. 1-28) de venta de billetes (pasajes), servicios de transporte, turismo, envío de dinero a Perú y Bolivia, y locutorios de telefonía e internet. En el Patio de Colectivos, inmediatamente a la derecha de la puerta de entrada, encontramos otros 14 locales comerciales (Mapa 2, núms. 29-41), dedicados a los mismos rubros. En la pared del fondo de este patio hay una pequeña zona cubierta con toldo, construida como espacio de espera (al abrigo del sol) de los pasajeros que toman colectivos a Tacna. Allí, sin embargo, notamos la presencia constante de mujeres peruanas que trabajan con la ropa americana: prendas usadas, importadas de Estados Unidos que son “atravesadas” de Chile a Perú.

Entrando al Patio de Buses, girando ahora a la izquierda de la puerta principal, encontramos un pequeño restaurante que sirve desayunos, almuerzos y cenas,

26 La administración de ambos es actualmente privada. El origen del *Terminal Nacional* remonta a la Junta de Adelanto de Arica (JAA), institución estatal destinada a promover el desarrollo local (1958-1976), que construyó el edificio y lo cedió a concesión privada temporal (*una parcial privatización*). El *Terminal Internacional* fue construido por la Municipalidad de Arica, y *totalmente privatizado* a la empresa Asevertrans en 2006.

27 Para los demás destinos sudamericanos, el pasajero debe viajar de Arica a La Paz, Santiago o Lima, haciendo la conexión en una de esas ciudades capitales.

Mapa 2. Terminal Internacional Rodoviario de Arica: espacios internos, comercios e inmediaciones



Fuente: Elaboración propia en el marco del proyecto FONDECYT 11121177. Ejecución: Paola Salgado.

donde descansan (de los múltiples viajes entre Tacna y Arica) y comen los comerciantes, motoristas, asistentes de viaje de las empresas transportistas, trabajadores del Terminal y migrantes que esperan por trabajo. Al lado del restaurante están los baños públicos, donde por 300 pesos se puede acceder a asearse (incluye ducha).²⁸ Delante del baño, un pequeño muro sirve de asiento a pasajeros que esperan los buses, y también de local de trabajo para las mujeres que van a clasificar la ropa usada que transportarán a Tacna.

En el Patio de Buses observamos la incidencia de una frontera nacional: la parte adyacente a la puerta está dedicada exclusivamente a buses que van y vienen de Perú. La parte trasera está dedicada a buses que conectan con Bolivia. En el espacio que antecede la puerta de entrada al patio, a su lado derecho, encontramos tres carritos (Mapa 2, CC1-CC2-CC3) que venden comida “al paso” (de rápida preparación y consumo). Son negocios regentados por comerciantes chilenos y peruanos; constituyen puntos de intercambio, además de ser una alternativa de alimentación barata. Los cochecitos son un anuncio del despliegue del Terminal hacia los espacios urbanos que le circundan. Ofrecen mezcla de comidas peruanas y chilenas, con trabajadores migrantes y propietarios chilenos (o con propietarios y trabajadores migrantes), personificando una economía donde unos y otros están implicados de manera interdependiente.

En el lado opuesto al Terminal, en la misma Diego Portales, mirando de frente al recinto de buses, se despliegan numerosos comercios (Mapa 2), que hacen alusión constante al cruce de fronteras entre Chile, Perú y Bolivia. Esto se confirma en sus nombres —“*Bolivian residencial*”, “*Cevichería Sabor Peruano*”—, y en el uso simultáneo de las banderas de estos países en sus letreros. Una profusión de hospederías, hostales, pensiones, hoteles —regulares y clandestinos— ofrecen alojamiento a viajeros, turistas, comerciantes y migrantes. Los servicios varían en precio y en las características de lo que ofrecen. Hay pensiones que arriendan una plaza en una cama en dormitorio compartido con hasta 10 personas (sin derecho a baño); y hoteles que arriendan dormitorios con televisión por cable, refrigerador, baño, e incluyen alguna de las comidas. Hay locutorios (para llamado telefónico, envío de dinero e internet); restaurantes de comida peruana; bazares (tiendas de productos variados de uso cotidiano); locales de venta de billetes de bus para Perú y Bolivia y servicios de transporte internacional.

28 Una alternativa importante para los migrantes que no tienen un dormitorio o vivienda arrendada en Arica. Las pensiones y hospederías cobran 500 pesos para el uso de la ducha. El baño del Terminal es donde se duchan migrantes que trabajan “por jornada”. La jornada de trabajo (12 horas) en los valles agrícolas de Arica vale entre 5 y 8 mil pesos chilenos, alcanzando entre 6 mil y 10 mil pesos para labores urbanas masculinas y femeninas. El uso de la ducha constituye entre el 6 y el 10% del ingreso diario de un migrante jornalero.

Cruzando la Diego Portales, frente al Terminal, está el barrio Juan Noé. Éste presenta un tejido urbano con una mezcla de espacios educacionales, habitacionales y comerciales. Hay negocios de economía sumergida, materializados en el comercio de la ropa americana, en las hospederías, restaurantes y tiendas clandestinas para migrantes. Algunos de estos negocios tienen como público también a chilenos y viajeros de distintas nacionalidades.²⁹

La población fue construida en los años sesenta como un barrio residencial para los obreros que se desempeñaban en los sectores industriales de Arica, en épocas en que la ciudad era Zona Franca Portuaria (1953-1963). Juan Noé recibió migrantes rurales (predominantemente aymara) del altiplano, que compondrían la nueva clase obrera. La transferencia de la Zona Franca de Arica a Iquique (en la década de 1970) minó el desarrollo de la industria, sumiendo la ciudad en un estancamiento económico que dejó marcas en Juan Noé. La desaparición de las industrias provocó la pauperización del barrio.

En este barrio hay muchas viviendas unifamiliares compartidas por tres o cuatro familias migrantes. Inmuebles ‘adaptados’ con connivencia de los dueños (que realizan las labores de división interna, arrendando las fracciones resultantes a diferentes familias). Esta modalidad de ‘subarriendo’ es una de las preferidas por las migrantes que viven entre Perú y Chile, pues la gran mayoría de ellas trabajan sin contrato y no cuentan con documentos chilenos de residencia, imposibilitándoles el acceso al arriendo formal. La mayoría de los arrendatarios se niegan a consumir contrato con quienes no tienen comprobación estable de renta.³⁰

El barrio abriga dos perfiles generales de migrantes peruanas. Las que llevan por lo menos cinco años en Arica y arriendan casas o fracciones de casa (normalmente un dormitorio). Algunas cuentan con una visa permanente,³¹ pero ya no tienen un contrato estable de trabajo. Mantienen casa propia o arrendada en Tacna, y viven una bi-nacionalidad residencial: pasan las semanas en Arica y los fines de semana en Tacna, donde sus hijos permanecen al cuidado de abuelas, tías o hermanas. El segundo perfil, es el de las migrantes que están iniciando su proceso de trabajo en Chile (o llevan hasta dos años en ello) y todavía no logran

29 Según nos explicó EI (chileno, presidente de la Junta Vecinal de Juan Noé), el barrio englobaría “...una población aproximada de 1200 viviendas, ya, alrededor de 7 mil vecinos, o habitantes, o familias [...]. Con respecto a la población migrante nosotros sabemos por estudios y por información de prensa que hacia el año 2008 teníamos 3 mil extranjeros en calidad de flotante, que no son residentes, que circulan nomás” (EI, chileno, diciembre de 2012).

30 En Arica, los propietarios se niegan a arrendar a extranjeros, incluso cuando tienen contrato laboral que comprueba una fuente estable de ingresos. Opera así la selectividad de una ideología xenofóbica –hegemónica en Chile desde la dictadura de Pinochet (Jensen 2009)– que establece que todo extranjero es, a priori, objeto de desconfianza.

31 Producto de la Amnistía Internacional entre Chile y Perú dada en el 2007 dentro del gobierno de Michelle Bachelet (Riquelme y Alarcón 2008).

reunir los recursos necesarios como para arrendar un espacio. Optan por dormir en las hospederías y pensiones de Juan Noé (a un valor de entre 500 y 1000 pesos chilenos la noche).³² Estas mujeres deambulan en los alrededores del Terminal durante el día ofreciendo su fuerza de trabajo.

El arriendo de hospedaje por noches repercute en usos y apropiaciones espaciales particulares. Las migrantes usan el espacio público de Juan Noé para suplir las carencias que los dormitorios rentados por noche representan para su reproducción como fuerza de trabajo. Por ejemplo, usan las calles del barrio para necesidades fisiológicas, pues normalmente el arriendo de una cama en hospederías clandestinas no da derecho a asearse.³³ Es común encontrar restos de papel higiénico y de productos de higiene (envases de champú, jabón) en las esquinas más escondidas y menos iluminadas de Juan Noé. Muchas migrantes se asean en los pasajes y callejones oscuros usando un cubo de agua (por el que pagan, y que es vendido por los dueños de hospederías clandestinas). Las migrantes también suelen estar en los jardines y veredas del barrio en sus momentos libres, descansando bajo los árboles por la tarde. Como comentaba María, “*hacerse la vida en la calle es la única opción cuando no nos sale el trabajo, o cuando volvemos de la chamba [trabajo] y no es hora de entrar [a dormir en las hospederías]*”.³⁴

Todo esto se encuentra con la resistencia de población autóctona, que responsabiliza a los foráneos por el empobrecimiento del barrio:

El año 2007, una de las primeras intenciones que tenía la comunidad era sacar el *Terminal Internacional*, porque es el *Terminal* el que produce todo este tipo de migración, ya, y de invasión [...]. Ahora, lamentablemente nosotros no podemos irnos en contra de lo que es la migración, los migrantes están en todos lados, o sea, en todos los países del mundo existe ese movimiento social, y en la cual nosotros también, a lo mejor algunos hijos nuestros también están en otro país haciendo igual, en la misma condición [...]. Lamentablemente aquí hay un caso especial con que es

32 Estas migrantes peruanas llevan siempre un bolso con sus pertenencias personales (no las pueden dejar en los hospedajes), y pasan fines de semanas en Tacna, donde suelen tener también familia, o por lo menos un dormitorio arrendado.

33 Nuestros entrevistados explicaron que en algunos casos el arriendo de la cama sí da derecho al uso del aseo, pero no se permite que se tire la cadena (medida establecida para “ahorrar” el gasto de agua). En consecuencia, los baños de las hospederías son sucios y huelen mal, por lo que muchos migrantes prefieren usar la calle.

34 María es peruana aymara, nacida en Puno. Tiene casa arrendada y marido en Tacna. Desde 2010 viene a Arica durante las semanas a ofrecer sus labores en el Terminal (Diario de campo, enero de 2013). No entrevistamos a María con grabadora por la sensación de inseguridad que el aparato (le) provoca. Los migrantes sospechan que los antropólogos estén trabajando “encubiertos” para la Policía de Investigaciones (PDI) chilena.

Perú, y la gran mayoría de los que llegan son peruanos; entonces, existe una condición especial de trato con ellos, lamentablemente por el hecho de la condición que tenemos, de los conflictos que tenemos territoriales. Entonces todo eso de historia, cierto. [...] La gente chilena tiende como a rechazar al extranjero, especialmente al peruano, y en segunda categoría vendría siendo el boliviano, que son los dos con los que especialmente tenemos conflictos (EI, chileno, presidente de la Junta Vecinal Juan Noé. Diciembre de 2012).

El Terminal como vitrina laboral

Delante del Terminal, en la vereda, encontramos seis quioscos: negocios más estables que los cochecitos de comida (fijos delante de los jardines de la calle de acceso). Estos pequeños comercios (Mapa 2, K 1-6), estampan los colores verde y rojo y la marca de un refresco peruano: despliegue visual que por momentos nos transporta a los negocios del país vecino. Estos quioscos constituyen un importante punto de referencia para los migrantes que a sus costados ofrecen su mano de obra para el trabajo “por jornal” (por día).

Alrededor del Terminal, se teje una red de ofrecimiento de trabajadores que toma los espacios y rincones, instituyendo unas dinámicas, relaciones y espacialidades propias. El primer punto hacia donde se dirigen los migrantes, antes de las cinco y media de la mañana, es la calle A. Raiteri, en los costados del Terminal Nacional, colindando con el edificio del parcialmente abandonado centro comercial (*Shopping Center*). En las veredas, se posicionan hombres peruanos y bolivianos que ofrecen su trabajo para labores agrícolas en los valles de Azapa y Lluta del extrarradio de Arica, y también para labores de construcción (en la ciudad). Llegan constantemente camionetas que se estacionan cerca de los migrantes; éstos se dirigen rápidamente a la ventana del conductor para negociar el valor del día de trabajo. Ante cada camioneta que se estaciona, se observa el movimiento de hombres corriendo y aglomerándose alrededor del vehículo. El conductor negocia y elige a quienes quiere llevar.

Entre la calle A. Raiteri y la Av. Diego Portales, se posicionan las mujeres migrantes. Éstas suelen sentarse en la esquina del Terminal Nacional, sobre un pequeño jardín que antecede al edificio. A las mujeres les vienen a ofrecer servicio normalmente hombres que llegan caminando (estacionan su coche en calles cercanas). A veces son agresivos con las mujeres, preguntando si se duchan o cepillan los dientes; y rechazando aquellas a las que consideran “sucias”. Con las mujeres indígenas el trato suele ser aún más duro. En reiteradas ocasiones escuchamos interpelaciones del tipo: “*Habla bien india, ¿no sabes hablar castellano?*”. Cuando uno de estos hombres llega, las mujeres corren a su alrededor para negociar el trabajo en hogares, cocinas de restaurantes,

empresas de empaquetado, e incluso en el sector textil. El trabajo agrícola es la última opción: ellas lo describen como peor pagado que las labores urbanas y bastante más exigente físicamente. Es desarrollado en condiciones frecuentemente insalubres: bajo sol fuerte, con poca agua, sin espacios de descanso, y por muchas horas seguidas.

Mujeres y hombres no ocupan los mismos lugares: los nichos de oferta de trabajo marcan en el espacio una diferenciación de género. Incluso cuando los migrantes llegan al local con sus parejas, se despiden de éstas en la calle, y caminan por separado a los espacios masculinos y femeninos, saludándose a lo lejos esporádicamente. Esta misma separación por género la observamos también en los comedores sociales de la Iglesia, en las hospederías y en los espacios de ocio (jardines públicos) de Arica.

Las primeras horas de espera por trabajo son las más tensas. La policía chilena (Carabineros) estaciona a diario un coche de patrulla delante del Terminal Nacional, a pocos metros de los espacios donde permanecen los migrantes. Predomina una estresante postura de vigilancia, marcada por la imposibilidad de saber en qué momento la policía va a abandonar su condición de observadora para intervenir pidiendo que muestren sus documentos y visas. La mayor parte de los migrantes que “se ofrecen” en este espacio no tiene visa, y esto es de conocimiento público en Arica. La presencia policial constituye una forma de permitir la reproducción de la explotación ilegal del trabajo, pero siempre salvaguardando el poder del Estado de impedirla. A cada tanto estos policías protagonizan “redadas documentales”, lo que resulta en la detención de muchos migrantes. Asimismo, es motivo de suspicacia el hecho de que la Policía de Investigaciones (PDI) haga uso de personal infiltrado, vestido con trajes civiles, y que actúa fingiendo contratar migrantes en el Terminal Nacional. Estas dos prácticas son menos frecuentes en el Terminal Internacional. En ambos espacios sin embargo determinan un clima de tensión que impregna de recelos el diálogo entre migrantes y los desconocidos que se acercan.

Después de las ocho y media de la mañana, los migrantes que no consiguieron trabajo se desplazan hacia el Terminal Internacional. Las mujeres se sientan en las jardineras que están delante de los quioscos frontales. Los hombres permanecen de pie al lado de la gasolinera. Allí, seguirán esperando la aparición de nuevas camionetas.

Buena parte de los migrantes dependen del trabajo del día para desayunar. Algunos no podrán pagar la hospedería y por lo menos una comida diaria si no consiguen vender su “jornal”. Ante la inseguridad de no conseguirlo, se generan dinámicas de solidaridad entre algunos migrantes. Compañeros que consiguieron trabajo en el día apoyan a los que no lo hicieron con el pago del almuerzo o el alojamiento. Los que cuentan con algunos pesos chilenos, previendo que la

“chamba” no salga, cruzan la Diego Portales, a comprarse un café con cereales al “estilo peruano”, vendido en un cochecito que está del otro lado de la calle (CC4, Mapa 2). Las mujeres compran el café y se devuelven a sus locales de espera. Los hombres se sientan alrededor del cochecito para tomarse su café mientras conversan.

Las mujeres también dialogan, pero lo hacen en sus sitios prioritarios de espera. En algunas de estas conversaciones femeninas constatamos cómo ellas interpretan su contacto con los autóctonos, sobre las diferencias de perspectivas y sobre su reconocimiento de los mecanismos de explotación al que están sujetas. Genny nos contó, por ejemplo, que “*la gente chilena les acuchillaba por las espaldas*”, las ponían a trabajar muchas horas. Delante de ellos decían “*que bien, todo bien*”. Pero a sus espaldas decían “*que las peruanas no trabajan bien, son flojas, no hacen [nada] bien*”. Y, sigue Genny, “*las peruanas se asustan por la manera como las chilenas hacen las cosas en la cocina*”:

Yo trabajé en restaurantes chilenos aquí, cortando papa, cortando verdura, lavando plato. Las cocineras chilenas no lavan las verduras: nos dicen de cortar, y cuando cortamos, las cocinan así mismo, sin lavarlas. Yo trabajé aquí en el restaurante... [lo nombra], y ahí la cocinera es peruana, que allí sí la comida es limpiecita, limpiecita que ella las hace lavar las verduras dos, tres veces antes de cortarla, que hay que lavar las lozas muy bien, bien (Genny, Diario de Campo. Diciembre de 2012).

En los espacios del Terminal, las migrantes elaboran un discurso propio, más distendido, que no pueden enunciar en sus puestos de trabajo, en los comedores sociales de la Iglesia, o en las hospederías, ya que todos estos espacios están regentados o cuentan con la participación de chilenos.

Así, desde la mañana hasta el atardecer, la presencia de migrantes ofreciendo su mano de obra en el Terminal desborda una lógica transfronteriza que sobrepasa los muros del recinto, construyendo en la ciudad formas espaciales propias, con un tipo de encuentro específico entre autóctonos y migrantes (mediado por la relación entre aquellos que compran la mano de obra, y aquellos que la ofertan). Las intermediaciones del Terminal son, por esto mismo, un escaparate de oferta de mano de obra, un *locus* de regateo de condiciones y precios del jornal que reproduce la precariedad e informalidad de la experiencia laboral migrante. Pero, simultáneamente, el *locus* es apropiado por los migrantes, construyendo una espacialidad propia, en la que ellos logran establecer la pauta de las conversaciones –desarrolladas según la perspectiva migrante, y frecuentemente a contracorriente del discurso autóctono–, y también las disposiciones, ritmos y usos espaciales.

Las mujeres de la ropa americana: tensión y movilidad femenina en el espacio

Sentadas a los costados del Patio de Buses del Terminal Internacional, parcialmente protegidas (gracias a los paraguas improvisados) o directamente bajo el sol, mujeres peruanas clasifican las prendas distribuyéndolas en bolsos coloridos. Dichos bolsos son una especie de “marca registrada” de las “atravesadoras de ropa americana: casi un ícono identitario con el que se las puede identificar en el Terminal y sus alrededores, donde circulan cotidianamente. Redistribuir la ropa en estos bolsos requiere habilidad y experiencia: hay un límite de productos de una misma naturaleza que se permite llevar por persona sin que su transporte sea considerado legalmente como comercio y mantenerlo como ‘equipaje personal’.

La industria que distribuye la ropa americana desde Arica hacia Tacna tiene a las mujeres como ‘transportadoras’ de una mercancía que ingresa a Perú súbitamente. El ‘transporte’ es coordinado en muchos casos por hombres (los ‘encargados’), pero ejecutado por mujeres. Las señoras de la ropa americana son la manifestación local de una cadena de sucesos globales: ellas aportan su grano de arena en una cadena que se inicia en Estados Unidos. La ropa usada que ellas transportan a Perú forma parte de donaciones que los estadounidenses aportan a causas sociales (ONG, Iglesias e instituciones de ayuda humanitaria). Se produce un excedente de donaciones que sobrepasa la capacidad de consumo de ropa por parte de los proyectos humanitarios en que están comprometidas las instituciones. Las agencias, entonces, venden esa ropa a comerciantes de países “en desarrollo”, usando supuestamente los recursos de la venta para suplir otras necesidades.

En Chile, la ‘ropa usada’ abastece a consumidores de todo el país. Pero la principal puerta de entrada para ella es la Zona Franca de Iquique, donde está exenta de tasación. De Iquique, la ropa llega en grandes cargamentos –*fardos*– a Arica, donde encuentra un sistema de recepción y distribución. Hay una red de empresas que la recibe, almacenándola en galpones situados en Juan Noé y agenciando el trabajo de mujeres peruanas que separan, clasifican y reagrupan las “donaciones”. Son negocios regentados por hombres chilenos. *Merche* describía así su trabajo en uno de estos galpones:

Llegaban las donaciones directas en unas bolsas, en unas bolsas de colores las reparten casa por casa ahí en Estados Unidos. [...] Entonces tú tenías que abrir esa y dentro de esa bolsa llegaban zapatos, libros, ollas, todo lo que te imaginas de una casa, incluso ropa; entonces tú tenías que arrinconar la ropa en un lado y después de juntar esa ropa, esa ropa separarla [...] polleras, las polleras en un solo lado, los pantalones en un solo lado, las chombas, los chalecos [...] seleccionar la ropa, las ropas buenas,

las ropas malas y se selecciona por calidad también, primera, segunda y tercera y van los precios van variando también [...]. (Merche, peruana, 31 años. Enero de 2013).

Desde Arica, se distribuye esta ropa llevada mayoritariamente hacia Perú. La razón por la que Iquique y Arica juegan este papel central en la distribución al país vecino se vincula a sus medidas proteccionistas. Para proteger la industria textil nacional de la competencia con la ropa usada, en Perú se prohibió su importación. Pese a ello, su venta es permitida en cuatro Departamentos peruanos, entre los cuales se encuentra el de Tacna. Los empresarios chileno-peruanos del rubro se benefician de esta ambigüedad, al límite de la clandestinidad, cruzando la ropa como bien de consumo privado. Esta labor la hacen diariamente mujeres peruanas que trabajan de *ida-y-vuelta* a través de la frontera chileno-peruana, hasta unas seis veces al día. Es un “trabajo de hormiguita”, nos contaba *Esperanza* (febrero de 2013), peruana que lleva ocho años desempeñando la función.

La figura femenina es clave para el proceso de desborde espacial del mercado de la ropa entre el Terminal y Juan Noé. Las mujeres llevan en la espalda el peso de este comercio internacional, cargando bultos repletos de ropa y haciéndose transportadoras de la mercancía desde los galpones hacia los buses. En el Terminal, se adueñaron de los espacios de espera de los dos patios, donde se agrupan hasta siete mujeres y vierten sobre lonas todo el contenido de los bolsos traídos de las bodegas. Allí empiezan la meticulosa y rápida labor de (re)distribución de mercancías en sus respectivos bolsos. En Tacna, entregan las mercancías a los ‘encargados’, regresando con los bolsos vacíos. Cruzan una vez más del Terminal hacia los galpones, rellenan nuevamente sus bolsos con mercancía que ya fue clasificada previamente por otras mujeres peruanas que trabajan en ello. Este *cruce* con bolsos coloridos configura una economía femenina *en, entre y a través del* espacio, desbordando, en consecuencia, desde el Terminal hacia afuera, la lógica fronteriza que lleva asociada.

Esta es una actividad *de mujeres*. Incluso cuando está a cargo un hombre chileno (el encargado), como se dijo, hay mucho en este desplazamiento que está dado por el ritmo de las mujeres, por su forma de andar y de *estar* en el espacio, por su destreza para clasificar productos. Ellas tienen la autoridad en este negocio. Cuando no cargan personalmente los productos a sus espaldas, contratan un ‘cochecito’ de transporte (los ‘burritos’) manejado generalmente por hombres chilenos, y ellas van delante, guiando el transporte y ordenando hacia dónde hay que llevar la mercancía. En una ciudad caracterizada por símbolos del poder masculino (y su militarización), las mujeres peruanas han conseguido hacerse con un movimiento espacial suyo, que las autoriza *más allá de y debido a* su condición femenina migrante.

El Terminal como espacio *hiperfronterizo*

Los relatos etnográficos de las tres últimas secciones describen el Terminal como *locus* donde los conflictos entre el protagonismo social migrante y las formas de establecer restricciones a la migración operan simultánea y asimétricamente. El espacio se conforma en los imaginarios sociales como un lugar propio “de lo migrante en la ciudad”. En el Terminal las migrantes lidian reiteradamente con las barreras de “lo estructural”, enfrentándose a la persecución permanente de los aparatos estatales de control (las Policías); a las prácticas de explotación de la mano de obra migrante; y a la constitución de relaciones de desigualdad de género —la explotación de la mano de obra femenina y la violencia en el trato hacia las peruanas (especialmente las indígenas)—.

Pero, dialécticamente, las intermediaciones del Terminal materializan la ‘necesidad’ de este otro migrante por parte de la sociedad autóctona: es allí donde chilenos(as) acuden a buscar a las trabajadoras migrantes para faenas varias. Allí se acude a comer comida peruana buena y barata; a buscar ropa usada “de las mejores” (transportadas por peruanas). En el Terminal, los y las chilenas toman el transporte hacia Tacna, donde consumen una variedad de productos y servicios que Arica no oferta (ni con los mismos y accesibles precios, ni con la misma diversidad y calidad). Se conforma así una tensa relación entre el rechazo a lo migrante —expresado en la persecución, discriminación y explotación manifiestas en las relaciones entre autóctonos y migrantes—, y la necesidad o deseo de consumo de *sus* productos, cosas, formas de hacer y servicios. Esto hace que las relaciones cotidianas en este espacio se *configuren*, paradójicamente, a partir de la conflictividad.

Esta percepción nos hizo confrontar uno de nuestros puntos metodológicos iniciales: la expectativa de que el Terminal constituiría el escenario donde accederíamos a estas situaciones conflictivas [*trouble situations*] concretas. La etnografía nos hizo redimensionar teóricamente esta apreciación a partir de dos ejes.

El primero concierne a la percepción de que la experiencia espacial migratoria en el Terminal se construía a partir de procesos de explotación de la mano de obra migrante que reproducen discriminaciones de clase, etnia y género, y que derivan en la exclusión de peruanos(as) en Arica. Pero, simultáneamente, este proceso da cabida a formas de apropiación del espacio público que devuelven cierta agencia a los sujetos. Así, la explotación de las mujeres cargando pesados fardos de ropa usada entre los galpones de Juan Noé y del Terminal, no quita la posibilidad de que éstas se apropien del espacio en que desarrollan estos movimientos, ganando en ellos alguna *centralidad* (Garcés 2012). Centralidad que les permite, incluso, generar una demanda de trabajo masculino asociada a sus labores. Estas migrantes, haciendo uso de las ganancias de su actividad, contratan a hombres chilenos a los cuales darán órdenes, indicándoles cómo y hacia dónde cargar sus fardos.

Lo mismo observamos en el caso de las peruanas que, incluso siendo acosadas constantemente por la presencia de Carabineros parapetados justo a su lado, se permitían hablar de su mala opinión respecto de las mujeres chilenas.

Los cochecitos en la puerta del Terminal –al mezclar trabajadores, consumidores, propietarios y productos autóctonos y migrantes– construyen una *economía transnacional*, pero sin constituir un *enclave étnico*: no están estructurados como un cierre del colectivo migrante sobre sí mismo. Más que segregar espacialmente a “los migrantes”, les permiten tender puentes que materializan una forma (parcial pero segura, precaria pero efectiva) de inserción social. Aquí, la agencia migrante impacta la estructuración del lugar de manera no dicotómica, dotando el espacio de una diversificación curiosa (visible en la colorida profusión de los anuncios de refrescos peruanos que alegran los pequeños comercios).

Esta relación no dicotómica entre opresiones estructurales en el espacio, y capacidad de resignificación del “estar en el lugar” de las migrantes, nos significó asumir la inferencia de Bourdieu (2011, 31) en cuanto a rechazar tanto la mirada estructuralista, “según la cual las estructuras, portadoras del principio de su propia perpetuación, se reproducen con la colaboración obligada de agentes sometidos a sus constricciones; cuanto la visión interaccionista o etnometodológica [...], según la cual el mundo social es producto de los actos de construcción que en cada momento realizan los agentes, en una suerte de ‘creación continua’”.

El segundo de los ejes de nuestros análisis se relaciona con la constatación etnográfica de que el Terminal, en términos espaciales, a la vez que *da materialidad* a estas relaciones entre agencia y estructura, también *es* estas relaciones. Recuperando a Lefebvre (1974) asumimos que hay una *tridimensionalidad del espacio* (Maldonado 1997, 29) observable en la manera como migrantes y autóctonos viven las *situaciones sociales*. El Terminal *es* el conjunto de prácticas concretas (flujos, fijaciones, interacciones, *desbordes*) que en él existen y las que suceden a través del él. Pero también *es la percepción social* que los diferentes grupos, personas y actores tienen de su espacio y los *signos y significados* que de esta percepción emanan. Finalmente, el Terminal *es la imaginación que unos y otros hacen de él*, y la proyección de ésta hacia planes de futuro que impactan la manera cómo actúan e intervienen en el espacio (individual o colectivamente). Esta última dimensión la ilustra *Mary*, contando que, al separarse de su marido, toda su red de amigas peruanas en Arica le incentivaba a irse a pasar su rato libre en el Terminal, a fin de socializar (diciembre de 2012). El Terminal es el espacio que la red peruana migrante imagina como “*su lugar en la ciudad*”, proyectando esta imaginación hacia la estructuración de relaciones. *Mary* comentaba que en el Terminal pasaban cosas que afuera no eran posibles: allí había establecido su única relación de amistad con una persona chilena.

Complementando estas tres dimensiones del espacio, adherimos aún a una cuarta. Asumimos que la espacialidad es tan constitutiva de la forma y contenido de lo estructural como lo es de la agencia (Harvey 2008). El Terminal incorpora procesos estructurales económicos y políticos, que se materializan en ese lugar a través de la acción del Estado y de los grupos empresariales. La inversión en la infraestructura urbana está centralmente conectada con la necesidad de re-aplicar el excedente capitalista de plusvalía a favor de la producción de más excedentes (Harvey 2008, 17): el urbanismo es un mecanismo estructural de reproducción del capital (Lefebvre 1974, 223). El Estado centraliza a través de los impuestos los recursos sociales que serán invertidos en una u otra zona, en uno u otro proyecto urbano. Actúa así como agencia que concentra la plusvalía social en determinadas áreas (en las que inmoviliza capital económico en inversiones de infraestructura), provocando la valoración de ciertos terrenos y espacios específicos (Harvey 2007, 210-211). La cantidad de recursos que un Estado invierte en determinadas obras públicas nos permite inferir sobre los espacios prioritarios en su marco ideológico (Castells 1985, 264). La concentración de inversión pública provoca la diferenciación de lo urbano según criterios políticos (Lefebvre 1974, 220), imprimiendo en el espacio una vinculación fundamental con las relaciones sociales.

Todos estos mecanismos de reproducción de la acumulación del capital se vuelven centrales en la comprensión del espacio del Terminal, el cual se encuentra en una *Zona de Transición* urbana. Como ejemplo de lo relatado en estudios precedentes, también en Arica ‘lo migrante’ fue empujado hacia aquello que en la ciudad se elabora como su margen. No es una casualidad que el Terminal se encuentre en un *locus* que los chilenos consideran ‘deteriorado’, cercado por barrios a los cuales la administración municipal considera ‘peligrosos’, con elevados niveles de pobreza. Donde los servicios públicos de limpieza son intermitentes y la infraestructura urbana se encuentra malograda por la falta de inversión. Tampoco es casual el contraste infraestructural entre las instalaciones de los Terminales Internacional y Nacional, destacándose las segundas por centralizar la inversión privada y pública, mientras las primeras presentan la ausencia de inversiones en el mejoramiento de sus formas y servicios.

El edificio del Terminal Internacional –en contraste con su homólogo nacional– muestra cómo el Estado produce una articulación de infraestructuras de transporte que reafirma la centralidad de lo nacional frente a lo internacional. Reinscribe la importancia de esta frontera específica, contrariamente de lo que vendría a ser la actual tendencia del urbanismo global en orden a privilegiar el flujo *a través de* los límites nacionales (Sassen 2007, 9). Esta dinámica transnacionalizadora del espacio existe activamente en Arica, articulándose por flujos migrantes, comerciales y turísticos en las inmediateces del *Terminal*. Pero ella es anterior a lo que actualmente entendemos como globalización, relacionándose al

pasado de este territorio como objeto de litigio entre Chile y Perú (y a la compleja conexión entre Arica y Tacna desde tiempos coloniales).³⁵

Asimismo, concebimos una quinta dimensión del espacio del Terminal Internacional, al asumir que éste constituye aquello que Bourdieu denominó una “estructura estructurada y estructurante” (Bourdieu en Gutiérrez 2004, 293). Esto porque los agentes o grupos se articulan en el espacio del Terminal en función de su posición en la distribución de los capitales (simbólicos, económicos, culturales y sociales) en el marco del campo social más extendido. Así el Terminal es también un espacio incorporado a modo de *habitus* a la vez que *se expresa en el habitus* de la gente que en él transita, imprimiendo con su presencia espacial una tendencia a la *reproducción de las distribuciones sociales* (Bourdieu 1997, 41).³⁶ En esta línea, es fundamental dar cuenta de que la presencia de los migrantes peruanos provoca una experiencia dialéctica con las determinaciones estructurales, alterándolas a la vez que dejándose marcar por ellas. Esto en ningún caso es menor, dada la porosidad fronteriza del territorio ariqueño.

Si tomamos la definición de fronteras que trabajamos en el apartado tercero de manera metafórica, como concepto analítico con el cual definimos espacios o prácticas que convocan una mezcla asimétrica y porosa entre agencia subjetiva y estructura estatal, entonces podríamos definir al mismo Terminal como un espacio fronterizo. Un *locus* fronterizo puesto en el espacio urbano de un territorio fronterizo: una especialización urbana de la espacialidad fronteriza. El Terminal materializaría así una *condición espacial híperfronteriza*. La imagen teórica que construimos acá corresponde análogamente a la estructura de una *matrioska*.³⁷ El Terminal *resulta de*, a la vez que *es*, la especialización del espacio fronterizo dentro de un territorio de frontera.

Nuestro estudio de caso aporta sedimentos para pensar que en las inmediaciones del Terminal de Arica, la agencia de los migrantes *en y sobre* el espacio no

35 Arica y Tacna cumplen con lo que menciona Sassen en relación a la realidad transfronteriza de generalización de lo global: “[E]s posible que algunas ciudades hayan tenido esta capacidad mucho antes de la época actual, pero hoy en día las condiciones se han multiplicado y amplificado al punto de que pueden ser consideradas generadoras de una nueva fase urbana, diferente en términos cualitativos (Sassen 2007, 9-10).

36 Estas “estrategias de reproducción tienen por principio, no una intención consciente y racional, sino a las disposiciones del *habitus* que espontáneamente tiende a reproducir las condiciones de su propia producción. Ya que dependen de las condiciones sociales cuyo producto es el *habitus* [...], tienden a perpetuar su identidad, que es diferencia, manteniendo brechas, distancias, relaciones de orden; así contribuyen en la práctica a la reproducción del sistema completo de diferencias constitutivas del orden social” (Bourdieu 2011, 37).

37 Muñeca rusa de madera, hueca, pintada en su exterior de forma característica, creada a fines del siglo XIX, que ensambla, dentro de una muñeca contenedora, versiones cada vez más miniaturizadas de la misma. La *matrioska* sería así una muñeca compuesta por una estructura ensamblada de muñecas.

puede constituirse a modo de una inscripción de un *enclave étnico*: no constituye un “cierre sobre sí mismo”, una apropiación espacial que segrega el colectivo para, en la segregación, darle posibilidad de agencia. Aquí, la condición fronteriza de lo urbano se impregna estructuralmente en la agencia migrante. Este dinamismo implica serios desafíos a la mirada etnográfica. Le provoca una especie de *dislexia focal*, dado que cualquier experiencia clasificable como “práctica cotidiana” reincide abierta y estructuralmente en factores que son extra-locales, extra-sincrónicos y extra-nacionales.

Como frontera, el Terminal opera un proceso en que “lo social” y “lo espacial” se desbordan. Es precisamente esta última su forma específica de reproducción social: el Terminal materializa la superposición de tiempos desiguales y asimétricos. Es, consecuentemente –como anunciábamos en el inicio de este texto–, un *locus de condensación social*: un espacio donde podemos ver actuar, a partir de las prácticas y negociaciones de la gente, el proceso de actualización de Arica como aquello que Grimson (2011) denominó “configuración cultural”.

Esto lo vemos en el discurso del líder vecinal del barrio Juan Noé, cuya postura se *desborda*, reincidentemente, del rechazo al otro migrante, a la asunción de la necesaria generalización del movimiento que este “otro” protagoniza. Aun cuando el líder vecinal reconoce la construcción histórico-nacional de este rechazo a peruanos y bolivianos –como parte de la Guerra del Pacífico y del establecimiento de las fronteras nacionales–, su posicionamiento vacila entre entender a los migrantes como necesarios (“migrar nos toca a todos”) y como indeseados (“que se vayan los migrantes y el Terminal del barrio”). Entre lo uno y lo otro, se transita como si no hubiera incompatibilidad lógica de enunciados: y éste es un efecto del carácter porosamente inestable que, como frontera en un territorio de frontera, produce el Terminal.

Pensándolo así, el Terminal se configura como un espacio heterotrópico y liminal (Hetherington 1996, 36). Es el *locus* transgresivo, de amenaza a la chilenidad nacionalmente instituida; el margen o punto en el que “las actividades y condiciones son muy inciertas, y en la cual la estructura normativa de la sociedad es temporalmente girada al revés” (Hetherington 1996, 36). Aquí, lo migrante puede construirse como inversión y como parte del orden, y hacer central aquello que es, estructuralmente, marginal. En Arica, el Terminal solo puede ser producto y productor de *centralidades migrantes* (Garcés 2011) porque se configura como espacialidad *híperfronteriza*.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, Arjun. 1996. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis-London: University of Minnesota Press.
- Besserer, Federico. 2004. *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*. México D.F.: Plaza y Valdés.

- Bourdieu, Pierre. 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 2011. *Las estrategias de la Reproducción Social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brenna, Jorge E. 2011. La mitología fronteriza: Turner y la modernidad. *Estudios Fronterizos*, 12(24): s/n.
- Carrasco, Celina; Patricia Vega. 2011. *Una aproximación a las condiciones de trabajo en la Gran Minería de Altura*. Santiago: Dirección de Trabajo – Chile.
- Castells, Manuel. 1985. *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Cavieres, Eduardo. 2006. *Chile-Perú, la historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*. Valparaíso: EUV.
- Cozzani, María Rosa y Insa, Cinthia. 2011. *Argentina en el circuito de las migraciones recientes. Dinámicas transnacionales en la consolidación de la corriente migratoria con origen en Perú*. Ponencia presentada en la Conferencia Geográfica Regional de la Unión Geográfica Internacional, noviembre 14-18, en Santiago, Chile.
- Departamento de Extranjería y Migración (DEM). 2012. *Documento Gestión Migratoria*. Santiago: Ministerio del Interior y Seguridad Pública de Chile.
- Díaz, Alberto. 2006. Aymaras, peruanos y chilenos en los Andes ariqueños: resistencia y conflicto frente a la chilenzación del norte de Chile. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(2): 296-310.
- Dussel, Enrique. 1994. 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del 'mito de la modernidad'*. La Paz: Plural Editores.
- Evens, Terry M.S. 2006. Some Ontological Implications of Situational Analysis. En *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*, (eds.) Terry M.S. Evens, Don Handelman, 49-63. Nueva York: Berghahn Books.
- Evens, Terry M.S.; Don Handelman. 2006. The Ethnographic Praxis of the Theory of Practice. En *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*, (eds.) Terry M.S. Evens, Don Handelman, 1-12. Nueva York: Berghahn Books.
- Garcés, Alejandro. 2007. Entre lugares y espacios desbordados: formaciones urbanas de la migración peruana en Santiago de Chile. *Serie Documentos*, 2: 5-22.
- Garcés, Alejandro. 2011. De enclave a centralidad. Espacio urbano, comercio y migración peruana en Santiago de Chile. *Gazeta de Antropología*, 27(2): s/n.
- Garcés, Alejandro. 2012. Localizaciones para una espacialidad: Territorios de la migración peruana en Santiago de Chile. *Chungara*, 44(1): 163-175.
- Glick Schiller, Nina; Linda Basch, Cristina Blanc-Szanton. 2005. Transnacionalismo: un nuevo marco analítico para comprender la migración. *Bricolage*, 3(7): 68-84.
- Gluckman, Max. 1958. Analysis of a Social Situation in Modern Zululand. *The Rhodes-Livingstone Institute Papers*, 28: 1-27.
- González, Sergio. 1994. El poder del símbolo en la chilenzación de Tarapacá. Violencia y nacionalismo entre 1907-1950. *Revista de Ciencias Sociales Universidad Arturo Prat*, 5: 42-56.
- González, Sergio. 2004. *El Dios cautivo; las Ligas Patrióticas en la chilenzación compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago: LOM .
- González, Sergio. 2008. *La llave y el candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. Santiago: LOM.
- Grimson, Alejandro. 2011. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guizardi, Menara L.; Alejandro Garcés H. 2012. Mujeres peruanas en las regiones del norte de Chile: Apuntes preliminares para la investigación. *Estudios Atacameños*, 44: 5-34.
- Guizardi, Menara L.; Alejandro Garcés H. 2013. Circuitos migrantes. Itinerarios y formación de redes migratorias entre Perú, Bolivia, Chile y Argentina en el Norte Grande chileno, *Papeles de Población*, 19(78): 65-110.
- Guizardi, Menara L.; Alejandro Garcés. 2014. Estudios de caso de la migración peruana “en Chile”: Un análisis crítico de las distorsiones de representación y representatividad en los recortes espaciales. *Revista de Geografía Norte Grande*, 58: 223-240.

- Gutiérrez, Alicia B. 2004. Poder, hábitos y representaciones: recorrido por el concepto de violencia simbólica en Pierre Bourdieu. *Revista complutense de educación*, 15(1): 289-300.
- Gutiérrez, Horacio. 2010. Exaltación del mestizo: la invención del Roto Chileno. *Universum* (U. de Talca), 25(1): 122-139.
- Harvey, David. 2007. *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, David. 2008. La libertad de la ciudad. *Antípoda*, 7: 15-29.
- Holahan, Dana. 2005. El uso de minas terrestres en Chile. Hacia una teoría de la frontera militar. *Civitas*, 5(2): 343-351.
- Hetherington, Kevin. 1996. Identity Formation, Space and Social Centrality. *Theory, culture & society: explorations in critical social science*, 13(4): 31-52.
- Hobsbawm, Eric. 1998. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Jensen, María Florencia. 2009. Inmigrantes en Chile: la exclusión vista desde la política migratoria chilena. En *Temáticas migratorias actuales en América Latina: remesas, políticas y emigración*, (org.) Eduardo Bologna, 105-130. Rio de Janeiro: ALAP.
- Kearney, Michael. 1995 The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism. *Annual Review of Anthropology*, 24: 547-565.
- Kearney, Michael. 2003. Fronteras y límites del Estado y el Yo al final del Imperio. *Alteridades*, 13(25): 47-62.
- Kearney, Michael. 2008. La doble misión de las fronteras como clasificadoras y como filtros de valor. En *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, (ed.) Laura Velasco, 79-116. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Lefebvre, Henri. 1974. La producción del espacio. *Papers Revista de Sociología*, 3: 219-229.
- Levitt, Peggy; Nina Glick-Schiller. 2004. Perspectivas internacionales sobre la migración: conceptualizar la simultaneidad. *Migración y Desarrollo*, 3: 60-91.
- Light, Ivan. 1972. *Ethnic enterprise in America: business and welfare among Chinese, Japanese, and Blacks*. Berkeley: University of California Press.
- Maldonado, Jorge. 1997. Sociología del espacio: el orden espacial de las relaciones sociales. *Política y Sociedad*, 25: 21-36.
- Marcus, George E. 1995. Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24: 95-117.
- Martínez-Veiga, Ubaldo. 1999. *Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*. Barcelona: Icaria-Institut Català d'Antropologia.
- McEvoy, Carmen. 2004. De la mano de Dios. El nacionalismo católico chileno y la Guerra del Pacífico, 1879-1881. *Histórica*, 28(2): 83-136.
- McEvoy, Carmen. 2011. *Guerreros y civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones UDP.
- Mills, Charles Wright. 2003. *La imaginación sociológica*. México D.F.: FCE.
- Morong, Germán; Eugenio Sánchez. 2007. Pensar el Norte. La construcción historiográfica del espacio de frontera en el contexto de la chilenización 1883-1929. *Analecta*, 2(1): 17-35.
- Núñez, Lautaro; Axel Nielsen. 2011. Caminante, sí hay camino: Reflexiones sobre el tráfico sur andino. En *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del tráfico sur andino*, (eds.) Lautaro Núñez, Axel Nielsen, 11-41. Antofagasta: Encuentro.
- Ortega, Luis. 1984. Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico. Santiago: FLACSO.
- Ortega, Luis. 2006. En torno a los orígenes de la Guerra del Pacífico. *Estudios Latinoamericanos*, 19(4): 27-58.
- Podestá, Juan. 2011. Regiones fronterizas y flujos culturales: La peruanidad en una región chilena. *Universum* (U. de Talca), 1(26): 123-137.
- Portes, Alejandro. 2000a. Inmigración y metrópolis: Reflexiones acerca de la historia urbana. *Migraciones Internacionales*, 1(1): 111-134.

- Portes, Alejandro. 2000b. Social capital: Its origin and applications in modern sociology. En *Knowledge and social capital: foundations and applications*, (ed.) Eric L. Lesser, 43-57. Woburn: Butterworth-Heinemann.
- Portes, Alejandro; Leif Jensen. 1989. The enclave and the entrants: patterns of ethnic enterprise in Miami before and after Mariel. *American Sociological Review*, 54(6): 929-949.
- Riquelme, Jorge; Gonzalo Alarcón. 2008. El peso de la historia en la inmigración peruana en Chile. *Polis*, 7(20): 299-310.
- Sassen, Saskia. 2007. Una sociología de la globalización. *Análisis Político*, 61: 3-27.
- Segato, Rita Laura. 2007. *La nación y sus otros: Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Souza Santos, Boaventura de. 2009. *Una epistemología del Sur*. Buenos Aires: CLACSO Ediciones y Siglo XXI.
- Tapia, Marcela; Vivian Gavilán. 2006. *Diagnóstico de las migraciones fronterizas de la I Región de Tarapacá, Chile*. Iquique: Universidad Arturo Prat.
- Villalobos, Sergio. 1995. *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial de la Universidad Andrés Bello.

Páginas web

- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE). 2012. *Resultados preliminares Censo de Población y Vivienda*. Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas. Disponible en: http://www.censo.cl/2012/08/resultados_preliminares_censo_2012.pdf (Consultado 26.05.2014).
- Real Academia Española de la Lengua (RAE). 2014. *Diccionario de la lengua española* (22ª ed., 2001, y avance en línea de la 23ª edición, 2014). Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/> (Consultado 22.05.2014).